
CAPITULO LXIV.

ESTADO GENERAL DE EUROPA.

¿Hay paz ó guerra? preguntaban durante los años de 1867 y 1868 todos los partidos. Y respecto á la cuestion de la guerra siempre estamos en igual incertidumbre. La única luz que se vislumbraba era el folleto: «Paz ó guerra.» Segun el autor de esta nueva elucubracion política, era necesario renovar la tentativa de general desarme, hacia algunos años anunciada ante Europa por Napoleon III. Los pueblos han llegado á tal extremo de violencia en sus armamentos, que no pueden ni sostenerlos, ni ménos aumentarlos, sin caer en la ruina económica hoy, en la bancarota mañana. La causa principal de esta violencia es Prusia con sus conquistas llamadas anexiones, y su despotismo militar llamado unidad política. Es necesario intimarle paz ó guerra. Si quiere paz, que desarme. Si quiere continuar en su armamento, es que quiere continuar en sus amenazas. Apercíbese, pues, para la guerra. El Emperador dará un manifiesto como el manifiesto de Milan, prometiendo libertar Alemania de sus opresores los prusianos y no querer en cambio ni una pulgada de

tierra alemana. El folletista supone cándidamente que los prusianos son para Alemania como los austriacos para Italia, y ve ya en sueños á los pueblos del Sur echarse á los piés del redentor. En seguida los reyes destronados suben á sus tronos. La Rusia, desapercibida, no puede socorrer á su aliada la Prusia. Austria, Holanda, Suecia, son las aliadas de Francia. Inglaterra é Italia quedan neutrales. El reino de Polonia reaparece en el Norte. Prusia es perdonada. Napoleon III no repetirá los castigos de Jena. Y pacificado el mundo, nos abrazamos todos bajo las alas del águila imperial ¡Oh! Yo no llamaria al tal folleto: la paz ó la guerra; le llamaria las ilusiones del deseo.

Mientras tanto continúan las tendencias unitarias desarrollándose en Alemania. Los diputados, que han sido muy prudentes en la Asamblea aduanera, no lo han sido tanto en los banquetes con que han terminado sus trabajos. El vino del Rhin es tan locuaz como el vino del Gironda. Las invocaciones á la unidad de la patria no han faltado, ni tampoco

co las amenazas al Imperio francés. Un diputado de Munich, tendiendo los brazos hacia Occidente, ha dicho que responderían á toda ingerencia extranjera como respondieron allá en 1813 sus padres, cuyo glorioso monumento descubriese desde el lugar del banquete. Sabido es que todo movimiento hacia la independencia de un pueblo es sagrado á mis ojos. Pero en el crítico estado en que se encontraban las relaciones de Francia y Alemania, no era prudente, no era útil darse á desahogos de elocuencia que podían precipitar pavorosas catástrofes. Si la guerra se hubiera evitado, si hubiéramos podido hacer pasar de nuestros labios tan amargo cáliz lleno de sangre, hubiérase debido principalmente á los esfuerzos que, publicistas de mérito, sacerdotes del pensamiento, consagrados al culto de la justicia, emplearon generosamente para apaciguar los ánimos, para extender el soplo de las ideas sobre la agitación de las pasiones. Nada conseguía, pues, Alemania con mover el hierro en la herida sino enconarla. Hubiera proseguido en buen hora su pacífico movimiento á la unidad, pero armonizándola con la libertad política y con la descentralización administrativa. En este sentido parecíame notabilísimo el manifiesto que veinte y seis diputados del Sur convinieron en firmar, dando cuenta á sus comitentes de la conducta observada en el parlamento aduanero. Gracias á sus esfuerzos, crecidas contribuciones, como la propuesta sobre el tabaco, no pasaron; ejemplo de entereza, útil en medio de las muchas asambleas complacientes que tenía Europa. Los veinte y seis diputados creían que la Prusia no podía representar con fidelidad el pensamiento alemán por las muchas tendencias manifestadas en su política, hacia el despotismo militar. Siempre lo he dicho. Es un error imperdonable en Bismark no comprender que la única fuerza de atracción en la política es la libertad, y que sólo por la libertad puede realizarse, en país tan descentralizado como Alemania, una federación de pueblos que tenga

todas las ventajas de la unidad y todas las ventajas de la democracia. Un imperio militar centralizado, despótico, no haría en realidad otra cosa que aumentar la perturbación, traída á Europa por el Czar de Oriente y el César de Occidente. El Rey de Prusia ha comprendido un poco esto cuando ha olvidado aquellos principios de derecho divino invocados, como una blasfemia escupida á la civilización y un reto arrojado al pueblo, el día de su coronación, para recordar tan solo, en el discurso de clausura del parlamento aduanero, el voto unánime de los pueblos. Pero también este principio de la soberanía nacional ha sido profanado, y escupido y puesto en ignominia. La soberanía que los reyes conceden á los pueblos, se parece bastante al *Inri* puesto por Pilatos sobre la cabeza de Jesús. Lo único que no se puede malear es la libertad. O la hay, ó no la hay. Pero su falta se conoce tanto como la falta del aire. Y si Prusia no sabe unir estos dos principios, sucumbirá en la demanda. ¿Por qué el Piamonte bajó desde los Alpes á los mares de Nápoles tan rápidamente? Los diputados del Sur se presentaban como intermediarios en los conflictos europeos. Difícil era parar el golpe, difícil evitar la guerra. Además, presentarse á sí mismos los diputados del Sur por intermediarios, me parecía tan inocente como si la presa tímida, por la cual riñen dos fuertes alimañas en la espesura de los bosques, quisiese contenerlas, cuando en realidad no haría con su presencia, sino excitar la furia del combate, aguijoneando la vivacidad del apetito. Más eficaz me hubiera parecido la intervención del gobierno inglés y más segura. En aquellos días creíamos que este poderoso gobierno había renunciado á su antigua indiferencia. Asegurábanos que proponía un congreso general y un general desarme. La Inglaterra, apartada del continente en su libertad y en su isla, fuerte por su posición, respetable por sus instituciones, indiferente á esos aumentos territoriales, que son la manzana de la discordia, aliada de Francia por las

tradiciones de Crimea y de Prusia, por parentescos de raza y de historia, Inglaterra hubiera podido convocando á Europa y pidiendo un desarme, conjurar esta tempestad, que antes de estallar nos sofocaba con su calor y nos abrumaba con su peso. Pero estaba visto que seguiría su política de neutralidad y de indiferencia. Los periódicos ingleses desmintieron que Inglaterra hiciera tales proposiciones. El *Monitor* prusiano lanzó un radical mentís á un periódico francés que atribuía la moderación de Bismark en el parlamento aduanero á los buenos oficios de Inglaterra. Y la *Gaceta de la Cruz* sonaba el clarín guerrero y decía que todo había de acabarse con ese recurso supremo de los cañones, la última razón de los reyes.

Mientras tanto, contra todas nuestras previsiones, el Emperador de Austria sancionaba las últimas leyes religiosas. El clero perdía su intervención en la familia y su intervención en la escuela, esa segunda familia del alma. Las declamaciones, las amenazas, las intrigas empleadas para conjurar esta gran reforma no tenían número. Obispo había, de esos constantes y fuertes en predicar sumisión á todos los poderes tiránicos, que se levantaba airado en su silla episcopal, y dirigiéndose al Imperio, le afirmaba su decisión de no obedecer ni cumplir las nuevas leyes, por contrarias á las leyes divinas. El siglo décimonono tiene por objeto principal realizar, formular en la práctica las ideas del siglo décimo-octavo. Su trabajo no es tan brillante como el trabajo del siglo anterior; pero es más útil, y acaso más difícil. Salvando el muro de bronce puesto en torno de la conciencia por las monarquías absolutas, las ideas filosóficas iluminaron el mundo. Las llamas de la inquisición, que aún ardían, palidecieron en la inundación de luz producida por aquel sol de las almas. Y el primer pensamiento formulado por la filosofía fué la separación entre la Iglesia y el Estado, y el segundo pensamiento la tolerancia con todos los cultos, resultado

forzoso de la libertad para todas las ideas. La sociedad obedece con alguna resistencia á las inspiraciones sublimes del pensamiento, como resiste el mármol y el bronce al cincel de los escultores. Pero al fin cede. El doble movimiento de la opinión protestante contra los privilegios de la Iglesia protestante en Inglaterra, y de la opinión católica contra los privilegios de la Iglesia católica en Austria, prueba cuán profundamente las ideas del pasado siglo se han arraigado en los ánimos, y cómo, á través de infinitos obstáculos, modifican la realidad é impulsan hacia sus altos destinos á las sociedades modernas. Los que se oponen á este gran movimiento han perdido completamente ese órgano precioso, que debe llamarse el sentido ó el conocimiento del siglo. Así en su ceguera se hieren contra todos los objetos que las nuevas ideas van haciendo brotar en la órbita incalculable del progreso. Acababa de morir por entonces uno de los jefes del partido liberal, uno de los hombres que más han contribuido á la última revolución de Austria, el jurisconsulto Muhlfield. Los periódicos clericales, con esa impiedad en ellos innata, presentaban su muerte en el momento de su victoria, como un castigo del cielo, como un rayo fulminado por la ira divina. Véase á esos periódicos que no creen ni en los juicios de la historia ni en la crítica de la razón; que suponen á un hombre, á un sacerdote, capaz, por delegación celeste, de abrir ó cerrar las puertas de la bienaventuranza á sus hermanos; véase cómo se inclinaban irreverentes sobre el borde oscuro del sepulcro, usurpaban el ministerio de sus sacerdotes, y juzgaban, y maldecían, y condenaban allí mismo donde acaba la jurisdicción de la conciencia humana y empieza el juicio de Dios, entre las grandes sombras y los grandes misterios de la eternidad. Muhlfield era un hombre de bien. Abogado, y abogado ilustre, fuerte en su argumentación, si no fácil, vigoroso en sus discursos, vivió en la pobreza para defender á los pobres y á los desvalidos. El